

REFORMA SIGLO XXI

PERSONAJES Y LUGARES DE MI PUEBLO. HISTORIAS DEL RÍO SABINAS: EL BRUJO

■ ■ Rubén Helio Mascareñas Valadez*

Se llamaba Rubén, pero todos le decíamos el Brujo, porque era muy travieso. Sus diabluras son célebres en Sabinas. En una ocasión se encontraban bañándose en el río varios amigos, jóvenes todos, unos del barrio del Aguacate y otros del barrio del Alto.

Era en la tarde, y como se usaba entonces, todos se metieron al agua desnudos, habiendo dejado sus ropas en la orilla. Mientras se bañaban tranquilamente, disfrutando las tibias aguas del río, llegó el Brujo hasta donde estaban. Inmediatamente urdió una travesura: se llevó las ropas de todos dejándolos en cueros. Grande fue la sorpresa y también el enojo de toda aquella raza, que tuvo que esperar a que oscureciera para poder dirigirse a sus casas, al amparo de la noche y con grandes temores de ser descubiertos. Imaginémoslos escondiéndose entre los matorrales del río primero y de la acequia después, hasta llegar, bien entrada la noche o quizás cerca de la madrugada, a la casa de Rogelio Ramos, primo hermano del Brujo, a dos cuadras del río, para conseguir ropa para todos.

La venganza no se hizo esperar, y esa misma noche, escudados en las sombras, fueron a la casa de Rubén y, a pedradas, rompieron los vidrios de todas las ventanas gritando improperios al Brujo y a su progenitora.

Otra de sus diabluras ocurrió cuando Nicasio, su gran amigo y vecino hizo un viaje a Acapulco. Ambos estaban casados, y Rubén le entregó un sobre dirigido a él mismo, con el encargo de que lo depositara en el correo cuando llegara al puerto.

Días después, al llegar el Brujo a su casa lo recibió su esposa con el sobre y la carta en la mano, al tiempo que le increpaba su conducta con estas

palabras: –Mira nomás lo que has hecho. ¡Infiel, infeliz! Tienes otra mujer en Acapulco y te escribe para que le mandes dinero, que no le alcanza para mantener a tus hijos. ¡Desgraciado, me las vas a pagar...!

No terminó la frase. Rubén salió corriendo y en la tienda de enfrente pidió dos tabletas de Alka-Seltzer y se las echó inmediatamente a la boca. Llegó a su casa echando espumarajos y volteando los ojos, como si algo muy grave le hubiera sucedido. Quería dar a entender a su confundida esposa que le había dado algún ataque convulsivo. Para ello se revolvía en el piso dando patadas y soltando espuma por la boca, al tiempo que profería voces de –¡Me muerdo! ¡Me estoy muriendo...!, con el cuerpo torcido y completamente tieso.

Al ver a su esposo sufrir de semejante modo, su mujer olvidó el agravio del “infiel marido” y se inclinó hacia él para ver qué le pasaba, suplicándole: –¡No te mueras, papacito, no te creas lo que te dije, te perdono todo, pero no te mueras...!

Así se las gastaba el eterno travieso que apodábamos el Brujo, y que todos recordamos por sus diabluras.



Campesinos

*Egresado de la Normal Pablo Livas, graduado en Psicología Educativa de la Escuela Normal Superior de México, titulado en Inglés y Francés en la Escuela Normal Superior Moisés Sáenz y Maestro en Pedagogía por la Escuela de Graduados de la misma institución.